

ambiciosos. También el pueblo romano pereció de hartura. En la última guerra de los Estados-Unidos, México puede aprender mucho. ¿Qué fué lo que la hizo tan sangrienta y duradera? Peleaban en ella, no los hijos de un mismo pueblo, sino dos pueblos distintos en origen, contrarios en ideas y sentimientos. ¿La raza sajona de los Estados del Norte, qué tiene de comun con la raza latina de los Estados del Sur? Los bordes del Mississippi, la Luisiana y la Florida, son de origen frances y español, y sus habitantes no perdieron su nacionalidad por los tratados de Versalles, ni los "dollars" americanos tuvieron bastante eficacia para hacérselas olvidar. Un deseo insensato de engrandecimiento cegó el cálculo de los americanos en esa ocasion. Engrandecerse por la compra como lo hicieron entonces, ó lo que es peor, por el despojo violento como lo hicieron despues, será siempre en política una mira desacertada y un cálculo absurdo en economía. El pueblo que así se conduce, él mismo compra su desgracia, al sembrar de esa manera los gérmenes de su futura esciecion.

Aunque por diverso camino, la inmigracion extranjera puede orillar hasta ese extremo desgraciado, á México, tan niño para conducirse con prudencia en el difícil camino de la vida. Una inmigracion vária, numerosa y mal distribuida, sobre todo, puede hacer de él en lugar de un pueblo homogéneo y poderoso, una factoría de comercio, donde los extranjeros de todas nacionalidades permanezcan tan solo, el tiempo necesario para improvisar su fortuna. La suerte, entonces, de los huéspedes infelices de esta inmensa posada será desgraciadísima. ¿Qué ha pasado en Portugal? Su poblacion en pocos años ha aumentado prodigiosamente, para su desgracia. Los ingleses lo han convertido en escala de su navegacion y su comercio, y ese pueblo desgraciado se vé hoy envilecido y desmoralizado hasta el esceso. ¿Quién sabe por qué la dominacion inglesa causa tantos estragos y ocasiona tristezas tan sombrías á los pueblos que subyuga! Argel es feliz, y Cuba está contenta: á la India Oriental, por el contrario, la cubre siempre una nube de tristeza aterradora. Es fria, sistemática y sin remordimientos, la dominacion

sajona. Nada hay en ella de amor; es un atentado contra los derechos de la humanidad llevado hasta la jactancia, es, por decirlo así, como el estoicismo de la injusticia. ¿Con razon los pueblos que se libran de ella la aborrecen tanto!

El amor de la patria no es un afecto vago ó quimérico. Lo que se ama realmente al amarla, no es el suelo en que se nace ó el cielo bajo el que se vive, sino las costumbres iguales, las ideas idénticas, los afectos semejantes, la religion comun sobre todo. Perdidas estas unidades, la patria desaparece. Si México, á consecuencia de una inmigracion violenta, dejase de ser católica, de hablar el español, de ser generosa ú hospitalaria, ya no podría ser la patria de la generacion que hoy la ocupa, y ésta se veria como desterrada en su propio suelo. Este es uno de los inminentes peligros de la inmigracion extranjera. Lo que ha sucedido hasta el presente es el mejor termómetro de lo que puede suceder despues, si no es conjurado con tiempo este peligro. Por todas partes se oyen hablar lenguas estrañas y duras que nosotros no entendemos: se ven costumbres que no conocieron nuestros padres: se dictan leyes y se practican reglamentos que no tienen coneccion con nuestra historia. Se vé, en fin, y se siente algo que no está de acuerdo con las tradiciones del vireinato, ni los recuerdos de la república. Tal parece, para decirlo todo y en una sola palabra, que así como la isla de Itaca huia á la vista de Ulises, así nuestra patria, aun estando sobre su mismo suelo, se escapa y huye para siempre de nosotros. . . .

Este peligro no carece por fortuna de remedio, mas por ahora, nos debemos limitar á señalarlo.

XIX.

Antes hemos dicho que la inmigracion vá á modificar radicalmente nuestros sentimientos, nuestras costumbres privadas y nuestros hábitos públicos. El cambio de estos últimos,

como lo manifestamos entonces, será provechoso: pero el de nuestras costumbres y sentimientos será perjudicial. Sobre este punto solo es permitido hablar muy de prisa y muy en general.

La política no es una ciencia altiva y desdénosa, que se ocupe solo de teorías grandiosas ó de principios absolutos. Es, por el contrario, una ciencia humilde que interroga hasta á los mas sencillos pormenores, siempre que de ellos espera alguna verdad ó algun sentimiento provechoso para los pueblos. En la cuestion de inmigracion debe descender hasta el fondo del hogar doméstico, para conocer bien la familia y cuidar de que sus hábitos no sean alterados. Si en México lo fuesen á consecuencia de la inmigracion, la sociedad sufriria un cambio tan funesto como irremediable. La familia es la base de la sociedad y las costumbres privadas engendran las virtudes públicas. El sentimiento doméstico, en México, lo mismo que en todos los pueblos, es el que mas debe ser resaltado para cimentar su felicidad sobre sólidas bases. El pueblo romano cuya sabiduría admiraba tanto á la de Montesquieu, reglamentó la familia con el mayor escrúpulo, y la vigilaba con todo celo y con el mas grande cariño. Los "dioses lares" eran en él la santificación de los sentimientos privados, y la divinizacion poética de ese dulcísimo afecto del hogar doméstico.

En México encierra éste muchas virtudes, á pesar de los grandes trastornos que ha sufrido con las vicisitudes de los tiempos. Por esto debe procurarse con el mayor empeño que la inmigracion no disipe las virtudes que en él quedan, heredadas de nuestros progenitores. ¡Ah! el recuerdo de éstos, hace que involuntariamente se establezca una comparacion que nos es desventajosa. ¡Qué distantes estamos, de poseer hoy, las altas virtudes y caballerosos sentimientos de nuestros antecesores! Palpablemente ha degenerado nuestra raza. En nuestra historia es muy triste volver la vista hácia atrás, porque se siente el contraste. Cuando despues de haberse unido con el recuerdo á los tiempos tranquilos del vireinato, en los que soplaban, tan solo, dulces auras de paz y de alegría, sale uno por la puerta gloriosa,

pero ensangrentada de la insurreccion, á los terribles trastornos de la república y á las congojas aflictivas del imperio; el alma siente esa misma impresion repentina y pavorosa que en nuestra vida del campo se experimenta, cuando despues de habernos recogido para descansar durante la noche de las abrumadoras fatigas del día, somos despertados con sobresalto y llamados al sereno frio de una noche destemplada, por alguna alarma imprevista, que nos sobrecoge de terror. ¡En nuestra historia es tan bello el recuerdo, como la esperanza es melancólica!

Cuando la imaginacion abandonada á todo su vuelo se ocupa de la suerte de México, se complace muchas veces en reconstruir con la fuerza de la memoria los tiempos antiguos que pasaron, y que por su misma concentracion, ésta recuerda, con igual vivacidad que si los hubiera presenciado. El alma, entonces, parece trepar con ella hasta el punto mas pendiente y elevado de nuestra historia, y desde él, deslizarse por la superficie de todos los acontecimientos, hasta tocar en su caida los modernos sucesos que se están verificando. Elevada hasta el vireinato de D. Antonio de Mendoza, comienza, empujada por el tiempo, á rodar suavemente sobre la superficie tersa de los acontecimientos de la época colonial y sin sentir mas resistencia que la del viento que rasga en su descenso. La insurreccion es el primer vuelco que sufre, y es éste, tan rudo, que convierte ya su caida en la de un peñasco, que desprendido desde una altura escabrosa, rueda por entre precipicios, hasta el fondo de un abismo. El dolor real que el alma siente en esta caida imaginaria, es el mas verdadero elogio de la era colonial.

¿Mas qué es lo que dá al vireinato ese matiz encantador? ¿Por qué lo vemos siempre tan suavemente iluminado, y es tan grato volver á él en alas del recuerdo? La familia es la base de la sociedad, y ésta era feliz y virtuosa en los tiempos de la dominacion española. Sin vida pública ni participio alguno en la direccion de los negocios del comun, los hombres de entonces buscaban la felicidad escondiéndose en el fondo del hogar doméstico, desde donde cultivaban en silencio las virtudes mas bellas y apacibles. La oracion, este dul-

ce y celestial aroma de la vida, el cariño de una esposa tierna y de unos hijos obedientes, el cultivo de amistades francas y sinceras, y el ejercicio de una ardiente caridad cristiana y de los mas nobles sentimientos, eran los únicos é inocentes placeres de que disfrutaban nuestros padres, tan felices como buenos.

De aquella época no distamos sino dos generaciones. Por el relato de nuestros padres todos sabemos la grata felicidad que gozaron bajo el techo de las casas de los suyos. En nuestras casas abolengas moraba en otro tiempo la virtud, y con ella sus inseparables hijas, la abundancia, la paz y la quietud: gentes honradas y sencillas, con un corazón desbordante de piedad y libre de pasiones violentas, veían rodar todas las horas de su vida, envueltas en castas alegrías y delicias inocentes. Los hijos no se separaban de la familia, sino para formar una nueva generación de gentes felices, y los padres, solo la abandonaban, cuando al despedirse sonriendo de la vida, eeshalaban el último aliento en medio de sus hijos, crecidos en virtudes! ¡Qué dichosas fueron esas gentes! Cuando el alma se trasporta hasta esos tiempos, el corazón se ensancha por lo pronto de beatitud y de alegría; mas se aflige y se traspasa de dolor cuando torna á caer en el presente. México recuerda esa época como entre las brumas deslumbrantes de la infancia. En recordarla hay una tristeza agradable en su misma melancolía, y muy semejante á la que nos asalta, cuando en medio de las borrascas de una juventud desordenada y libertina, recordamos la santa calma de la casa paterna tan llena de virtudes, y los tranquilos días de nuestra infancia coronados de inocencia! Mas todo ha pasado. Las pasiones privadas y las luchas civiles desgarraron muy pronto ese bello cuadro de felicidad y de virtud. "Pasóse ay!" "Ei fu" como dice Manzoni.

En nuestra historia no es posible volver la cara hácia atrás sin esclamar al punto. . . "Imbéciles, nos hemos estraviado al abandonar ese camino." Mucho, casi todo se ha perdido: algo nos queda sin embargo, y es necesario defenderlo con amor y con entereza para que la inmigración extranjera no venga á arrebatárnoslo. Su influjo corromperá nuestros sen-

timientos. El funesto que ha ejercido hasta el presente nos debe hacer temer por lo futuro. Solo al escritor moralista le es permitido entrar en los pormenores de esta delicada materia. Nosotros señaláremos, tan solo, un grave mal, que era desconocido en nuestra sociedad antigua, y que habiendo sido importado por los inmigrantes europeos, amenaza hacerse habitual entre nosotros. Nos referimos al desafío, á ese lujoso crimen, que puede llamarse la culta barbarie del presente siglo.

Ese atentado contra Dios, la humanidad, la sociedad y la familia, es una brutal ostentación de un arrojo insensato, que no se apoya sino en el absurdo derecho del mas fuerte, y que en último término, es solo un crimen complejo, el asesinato y el suicidio. En valde quiere la vanidad cubrirlo con el ropaje del honor. Este no se encuentra fuera de la virtud, ni consiente en que se le defienda por medios estúpidos. El verdadero honor reprueba esos trances bárbaros, en que la superioridad es una alevosía, y un estéril y necio sacrificio la inferioridad. ¡Qué estupidez esponerse á morir en esos lances impíos, cuando tan santa y gloriosamente se puede morir por la religión, la patria y la familia!

Tampoco hay valor en ellos. Se sostienen por una vanidad cobarde, y el temor de un ridículo que solo obra sobre los espíritus débiles, es el que precipita á sostenerlos á hombres vulgares, que en fuerza de temer á sus semejantes, dejan de temer á Dios, santo y único temor de las almas verdaderamente grandes. Hablando en su "Eloisa" J. J. Rousseau del fondo de cobardía que hay en el duelo, dice, con esa elocuencia tan incisiva que le es característica: "Guardaos de confundir el sagrado nombre del honor con esa feroz preocupación que coloca todas las virtudes en la punta de la espada, y que en último término, no sirve, sino para producir bravos malvados." Mas adelante añade: "Si el filósofo y el sábio se dejasen conducir en los grandes negocios de la vida, por los discursos insensatos de la multitud, sus estudios todos para qué les servirían, sino para ser en el fondo unos hombres vulgares? ¿Con que no osais sacrificar el resentimiento al deber, á la estimación, á la amistad, por mie-

do de que se os acuse de temer la muerte? Pesad bien las cosas, mi querido amigo, y encontrareis que mas cobardía hay en temer este necio reproche que en tener miedo de la muerte misma." Hé aquí el duelo juzgado por un filósofo mundano y pensador impío. La Iglesia en todo tiempo ha lanzado sobre él sus anatemas.

En nuestra sociedad, hasta hace pocos años, no era practicado, por una parte, y por la otra, altamente lo reprobaban las costumbres. Nuestros padres colocaban el honor en el cumplimiento de sus deberes, y no en una insolente osadía ó en una rencorosa susceptibilidad. El duelo, en México, nació con las modernas costumbres europeas que los inmigrantes han traído á nuestro suelo. No es este por desgracia el único mal que han ocasionado, y es muy fácil que al cambiarlos en lo futuro, corrompan muchos de los buenos sentimientos que aun afortunadamente conservamos, salvados del naufragio de nuestras instituciones y costumbres. El peligro es muy grave, y dá lugar á muy severas y tristes reflexiones. Nosotros no podríamos entregarnos á ellas sin invadir la mies ajena, que por serlo, nos está vedada. Correspondíanos, tan solo, señalar el peligro. Una vez señalado, sigamos adelante.

XX.

Llegamos á la mas seria dificultad que la inmigracion extranjera en México presenta, y al mas temible de todos los peligros que contiene.

La inmigracion puede ocasionar una escision en nuestro vasto territorio, ó lo que evidentemente seria peor, la aneccion de algunos de nuestros departamentos con el pueblo americano. La esperiencia es la sabiduría. Para conocer bien la magni-

tud de este peligro, recordemos nuestra propia historia: tiempo es ya de que nos sea útil lo mucho que hemos sufrido.

El gobierno vireinal era consistente, porque la unidad de administracion era su idea fundamental. En la Nueva-España los vireyes poseian el haz, por decirlo así, de todos los hilos administrativos, y de esta manera, se esplica, que á pesar del territorio inmenso que la formaba, nunca se criasen en ella intereses ni sentimientos locales bastanté pronunciados y enérgicos para provocar escisiones. Desde el principio la circunferencia habia sido acostumbrada á reconocer hácia el centro, y á ver en el virey y la audiencia las dos solas fuentes legítimas de la soberanía, y el gobierno español, merced á este sistema que el tiempo llegó á convertir en hábito, se vió libre de toda amenaza de segregacion; peligro que es casi inevitable en todos los países demasiado estensos.

Para conjurarlo, ese era el sistema que México debió haber seguido despues que se hizo independiente; mas olvidándose, por desgracia, de las lecciones del vireinato, se burló de la sabiduría del gobierno español, y se dejó arrastrar fascinado por el funesto ejempló del pueblo americano, á insensatas teorías de gobierno, que lo debilitaron como era natural, sacándolo violentamente de sus tradiciones y costumbres.

Así sucedió en efecto. Cuando México se vió independiente fué lúcido su primer momento y estableció el Imperio; mas levantado éste demasiado aprisa, pronto vino por tierra, dejándonos solo el recuerdo de su efimera gloria, brillante y fugaz como un relámpago, sombría y triste como una ilusion perdida. Cayó el Imperio, y México entonces, sintióse agitado por la doble é igualmente funesta inquietud de la novedad y la ambicion. Dos años escuchó á estas consejeras de su desgracia, y como pidiendo plazo ámplio para serlo con toda premeditacion, durante ellos, no hizo otra cosa que oirlas con detenimiento y complacencia. Llegó por fin el año de 824, primero de nuestras desgracias y de nuestros grandes desaciertos. En este año, que bien puede llamarse la gran fecha negra de nuestra historia, el congreso nacional oportunamente encargado de constituir el país, adoptó para gobernarlo la forma republicana, democrática y fe-

deral. Radiante el congreso de orgullo, ofreció al pueblo mexicano para que fuese feliz la traducción servil de la constitución de los Estados-Unidos; nuestro pueblo infantil é inocente, aceptóla con júbilo y sintióse soberbio por seguir tan de cerca las pisadas del americano.

¡Insensato, ó mas bien, desgraciado! ¿Por qué no arrojas-te con ira y con desprecio el mortal veneno que te dieron? ¿Qué no conocías que al imitar al pueblo americano renegabas de tu raza, de tu historia, de tu inteligencia y sentimientos? ¿Qué no comprendiste que al aceptar la constitución de 24, hacías estéril la esperiencia que nuestros progenitores te legaron, y néciamente renunciabas á toda la sabiduría adquirida con tantos afanes, en trescientos años de servidumbre, de miserias y dolores? Pero, en fin, mucho has sufrido. La espiciación te ha purificado; mas no olvides para lo futuro que los pueblos nunca pueden ser impunemente insensatos! Los grandes desaciertos acarrearán las grandes calamidades. Sufre, pues, y aprende. ¡La mejor escuela es la de la desgracia, y la mas inolvidable enseñanza la del dolor!

Rota así desde entonces la consistente unidad que nos legó el gobierno español, la trabazón de las vastas regiones que forman nuestra patria se debilitó. Las revoluciones con los desengaños y pasiones que producen siempre, acabaron de romper los delgados hilos que las ataban, y hé aquí la verdadera causa de que varias veces la república se viera amenazada de peligrosas escisiones, tan graves por el detrimento territorial que pudieron ocasionarle, como por el funestísimo precedente que establecían al adoptar la segregación, como el único remedio eficaz contra los males que el país todo sufría á causa de sus desórdenes interminables.

A Yucatan cúpole la celebridad tristísima de ser el primero en dar tan funesto ejemplo. La carrera del mal, tanto en los pueblos como en los individuos, es, no repentina, sino gradual. Trató primero de hacerse independiente, renegando con impiedad de sus hermanos. Frustrado este inno-ble ensayo, por su propia debilidad, que obligóle á tornar, por decirlo así, al seno de la familia, se despechó mas, y rompiendo entonces con todo sentimiento de amor y dignidad,

se hizo declaradamente traidor. Declaróse, en efecto, estado de la Union Americana, á la sazón misma en que ésta nos arrebató Texas. Este ensayo fué mucho mas criminal que el primero, y la fortuna se encargó, por tanto, de castigarlo con mayor rudeza. El orgulloso pabellón americano negóse desdeñosamente á agregar esa nueva estrella á su constelación, y en merecido pago, Yucatan no recogió otro fruto de su traición, que la vergüenza.

Su posterior arrepentimiento y las grandes desgracias que en union de toda la república sufrió mas tarde con tan grande abnegación como paciencia, hicieron que la nación perdonase sinceramente los grandes extravíos de ese su hijo descarriado. El perdón fué como de madre, absoluto y sin reproches. Al volver á su seno, la patria no le hizo la mas ligera reconvencción. Desde entonces Yucatan se adhirió mas que nunca al pueblo mexicano, y hoy es uno de los departamentos que aman al Imperio con mas sinceridad. Puede este en todo caso contar con su firmeza, pues no solo se siente satisfecho de ser parte del generoso pueblo á que pertenece, sino tambien arrepentido de lo que hizo en otros tiempos. Si Yucatan no fuese hoy mexicano por gratitud, sería al menos por vergüenza y por remordimiento.

A los departamentos de la parte oriental de nuestra frontera del Norte algo tiene tambien que reprocharles la nación á este respecto. En la última revolución que desgarró la república, arrojaban sobre los departamentos centrales de ella, soldados llenos de un furor y de un encarnizamiento raros en nuestras guerras civiles, y estraños sobre todo, tratándose de combates librados entre hermanos, que lo eran no solo por la raza y las costumbres, sino por la religion y la igualdad de apacibles sentimientos.

De esos mismos departamentos salió en un tiempo la fatídica voz de "República de la Sierra Madre." Felizmente una parte del país estremeciése al oirla, y esa voz de muerte, se estinguió al tiempo mismo, casi, de haberla proferido algunos mexicanos desnaturalizados. Si hubiera, por desgracia, resonado en el ámbito inmenso de la nación, ésta para acallarla hubiérase levantado como un solo hombre, y el es-

tallido de una tempestad de indignacion contra sus autores, hubiera revelado la gravedad de un peligro que por fortuna pasó entonces desapercibido.

Sonora tampoco está libre de fundadas inculpaciones. Cuando Raousset Boulbon declaró la independencia de ella, varias poblaciones se le unieron para combatir con él, las armas del pueblo mexicano, débiles en esas regiones, tan apartadas, de nuestros grandes centros de poder y recursos militares. Al mismo Raousset le dijo una mujer, jóven y hermosa: "Si mis compatriotas tuviesen toda la energía de corazon que nuestros progenitores, los antiguos españoles, ya se habrian unido á vos para libertar á Sonora del yugo de México:" así llamaba ésta jóven fascinada, al santo amor que en Dios y en una patria comun les profesábamos. Mas no se crea que estos fueron los sentimientos de todo el pueblo sonorensé; esa niña profirió palabras tan crueles para su patria en un momento de exaltacion amorosa ¿y qué es lo que no se le perdona á una mujer enamorada y jóven? Consistió todo su delito en ser mas mujer que mexicana. Los delitos de amor deben ser muy fácilmente perdonados á un secso, que solo es fuerte y grande, cuando obedece sus inspiraciones.

En ocasion tan solemne, estuvo México á punto de perder la Sonora. Yañez, ese anciano ilustre, tan venerable como intrépido, salvó entonces, no solo la integridad del territorio, sino lo que es mas, el decoro del pueblo mexicano. La Sonora no quedó segura sino cuando Raousset sucumbió en Guaymas. Sobre la tumba de ese jóven desgraciado debemos arrojar una lágrima de compasion: era uno de esos hermosos tipos morales fundidos en los sentimientos de una época caballeresca y gentil, que hoy no son comunes en el mundo: uno de esos bellos personajes, cuya vida toda puede resumirse en estas dos solas palabras: "amor y heroísmo." Como mexicanos y como amantes de la justicia, no podemos sin embargo, menos que reprobamos altamente su conducta. No nos es permitido ni aun en la esfera del sentimiento, admirar el proceder de un hombre que tantos apóstrofes violentos le lanzó á nuestra patria, y que tanto la ultrajó queriéndole arrebatár por fuerza y como enemigo, lo que ella misma tan

noble y desinteresadamente le habia regalado como amigo. Que los extrangeros que traten con nuestra patria imiten, pues, sus altas virtudes, pero que nunca les ocurra seguir su ejemplo! Respeten á México no solo porque merece ser considerada, sino porque es muy digna de ser querida!

Pero en fin, ¿á qué conducen los varios recuerdos que acabamos de hacer? Con ellos hemos querido demostrar que el peligro de grandes escisiones no es nuevo en nuestro país, y que siendo muy probable que él aumente á consecuencia de la inmigracion extrangerá, tiempo es ya de pensar muy seriamente en conjurarlo.

Que la inmigracion vigorizando los elementos todos de la prosperidad de algunos de nuestros departamentos puede en poco tiempo provocar su segregacion, es una verdad evidente. La ingratitud es la condicion íntima y la ley invariable que obedecen todas las colonias. Si las que en nuestro país se establezcan llegan á obtener alguna preponderancia, su primer intento será, mal aconsejadas por precarios intereses del momento, el de separarse de México, rasgando así con peligro de todos, el tegido de nuestra unidad nacional. En nuestro vasto territorio, la accion del poder llega siempre débil á los departamentos alejados del centro, y respecto de éstos, el peligro que señalamos es por tanto mas amenazante, y menos eficaces los recursos que la administracion tiene en su mano para conjurarlo.

Las escisiones que en otros países, en Alemania por ejemplo, son mas bien que un mal, una necesidad aconsejada por el interes de los pueblos que los forman, en México no pueden menos que ser consideradas como un peligro gravísimo y una desgracia inmensa, no solo contra el bienestar, sino contra la autonomia y existencia misma del país. Colocado México junto á un vecino poderoso, ávido de su territorio, y que sin cesar está asechando la oportunidad de arrebatárselo, no tiene otro camino para sobreponerse á tan inminente peligro, que procurar que en torno de su débil unidad nacional se agrupen sus departamentos con tanto amor como entusiasmo. Para salvarse necesita que sus departamentos le amen sinceramente, y que se adhieran con abnegacion

al centro, foco, por decirlo así, de la nacionalidad mexicana.

El que se separe perecerá sin remedio. A la escision se sigue la aneccion; estos dos peligros son correlativos, y en pos del uno viene necesariamente el otro. ¿Qué sucedió con Texas, cuya triste separacion de la república hemos recordado en otra parte, y necesitamos volver á recordarla ahora?

México acababa de hacerse independiente, y trataba á todas las naciones estrangeras con la sonrisa en los lábios y la buena fé en el corazon: á todos los que no habian nacido en su suelo les abria los brazos como si fueran sus hijos, los colmaba de consideraciones y los hacia especial objeto de su generosidad. A esta sazón presentáronsele algunos ciudadanos de los Estados-Unidos, pidiéndole humildemente les permitiese colonizar en el territorio de Texas. México, desprendido y generoso desde que nació, concedióles tierras sin exigir de ellos retribucion alguna, librólos de impuestos y gabelas, y les impartió todo género de ausilios, á manos llenas, como lo hacia cuando era rica nuestra noble patria. A la sombra bienhechora de tantas bondades, los colonos de Texas crecieron y fueron desarrollándose; con el tiempo se sintieron fuertes, y entonces, ingratos y soberbios, se alzaron y se hicieron dueños de la tierra que habian recibido como mendigos. Trató de castigarlos México, y Texas entonces se anesó á la Union Americana. Esta, por el solo delito de haber querido defenderse, le declaró mas tarde la guerra á México, y le arrebató la mitad mas feraz y mas rica de su vasto territorio.

Lo mismo, con poca diferencia, pasó en la Alta California. Lo mismo tratan ahora de hacer los americanos con la Baja. ¡Ojalá y la raza francesa, tan naturalmente valerosa, ó la española tan leal y tan noblemente testaruda, quisieran hoy, por medio de colonias bien establecidas y profundamente adictas á México, su nueva patria, encargarse de fijar el límite humano que debiera separarnos para siempre del pueblo americano. Este, este seria el mas grandioso objeto de la inmigracion que esperamos.

¿Mas qué hacemos? En cuestiones de sentimiento se nos

desborda el alma sin quererlo, y sin que lo sintamos. Comenzábamos ya, sin advertirlo, á fijar la manera de que la inmigracion nos fuese provechosa, haciéndola que convergiese á nuestras verdaderas necesidades é intereses. Sin reflexionarlo, nos salíamos ya del austero papel de simples espositorés de sus peligros y ventajas, que hasta ahora nos hemos voluntariamente impuesto. Conforme á nuestro propósito, debemos ser impasibles, y aun no es tiempo de que meditemos. Primeramente se establecen los antecedentes, y hasta despues de establecidos se discurre sobre ellos. Así lo exigen el orden y la claridad del pensamiento.

XXI.

Hemos concluido. Los problemas de la política, de esta álgebra sublime de la felicidad de las naciones, solo pueden, lo mismo que los de la matemática, resolverse con acierto, cuando han sido planteados con esactitud.

En otro tiempo los hombres pensadores de nuestro país, siempre que se trataba de inmigracion, se hacian esta pregunta: ¿qué hacer para atraerla sobre nuestro suelo? Hoy esta cuestion ha desaparecido por la fuerza de las actuales circunstancias. Un momento de espera, y la inmigracion por sí sola se desbordará sobre México, hasta el punto de que tal vez sea necesario el contenerla para que no nos perjudique.

Sus avenidas, semejantes á las de nuestro impetuoso y soberbio río de Lerma, pueden, bien dirigidas, fecundar nuestros campos, y una vez desbordadas, asolarlos para siempre. Inútil es, pues, ocuparse de la manera de atraerla. Consultad en la estadística de estos últimos años la cifra de la poblacion extrangera, y quedareis asombrados.

Tambien hemos eludido intencionalmente otra cuestion que nos parece sofística y pueril. ¿La inmigracion dará la